

En San Salvador, el cardenal Rosa Chávez beatificó a los mártires Rutilio Grande, con dos laicos, y Cosma Spessotto

## En nombre de todas las víctimas inocentes de la "gran tribulación"

La imagen del Cristo Redentor del mundo se apoya sobre una estilizada choza de paja, el humilde hogar de los campesinos de El Salvador. En torno a este núcleo simbólico tuvo lugar el rito de beatificación de cuatro nuevos mártires, asesinados por los escuadrones de la muerte en 1976-1980. La tarde del sábado 22 de enero, en la Plaza de Las Américas de la capital, el cardenal Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de la arquidiócesis de San Salvador, elevó a la gloria de los altares -en nombre del Papa Francisco- al jesuita Rutilio Grande con dos compañeros laicos, Nelson Rutilio Lemus y Manuel Solórzano, y a la franciscana Cosma Spessotto. Ante un gran número de fieles llegados de todo el país, el cardenal destacó que el pueblo salvadoreño ve en los mártires inscritos en el libro de los beatos "una imagen de su propia historia, marcada por alegrías y esperanzas, tristezas y angustias", pero constantemente distinguida por la presencia del Señor tanto en los momentos de dificultad como en los de alegría. El cardenal señaló entonces que en América Latina el martirio "está ligado a la vivencia del Evangelio y de la doctrina de la Iglesia, especialmente después del Concilio Vaticano II y de la asamblea general de los obispos de nuestro continente en Medellín". Un ejemplo evidente es el de Rutilio Grande que, tras

formarse en Ecuador en el Instituto Latinoamericano de Pastoral (IPLA), que luego se convirtió en el Instituto Teológico-Pastoral del CELAM, y compartir la experiencia de trabajo con campesinos e indígenas en la diócesis de Ríobamba en tiempos de monseñor Leonidas Proaño, regresó a El Salvador "con una clara e inequívoca opción por los pobres". Ahora encabeza la lista de mártires del país, seguido de veinte sacerdotes, tres monjas americanas y un misionero, y cientos de otros anónimos. El más ilustre de ellos, recordó el cardenal, es por supuesto monseñor Óscar Romero, sin olvidar a otro obispo, monseñor Roberto Joaquín Ramos, asesinado en junio de 1993. Y el martirio de los dos laicos Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus es "como una ventana a esa realidad de 'una gran multitud que nadie podía contar'" (Ap 7,9). Ellos, dijo Rosa Chávez, forman parte de esa cifra simbólica de los setenta y cinco mil muertos que "lloramos durante la lucha fratricida que nos desangró durante doce años y que terminó felizmente cuando las partes enfrentadas firmaron la paz". A continuación, el cardenal subrayó que los participantes en la celebración representaban a todo el pueblo salvadoreño: entre ellos, en particular, los humildes campesinos que "se alegran de ver que la Iglesia reconoce la santidad de



Un momento de la celebración presidida por el cardenal Rosa Chávez en San Salvador (Afp)

quienes han entregado su vida a su servicio" y los representantes de las comunidades que fueron dirigidas por el P. Cosme y el P. Rutilio. "Los que hemos vivido intencionalmente esta experiencia, los que hemos experimentado en primera persona el drama de la violencia institucionalizada, la violencia de los conflictos armados y la violencia cotidiana", dijo, "llemos esta plaza y sus alrededores". Pero también están "los que hemos visto morir a seres queridos que no tenían nada que ver con el conflicto: son las víctimas civiles y los que han huido como un pájaro de la trampa del ca-

zador". Al saludar a quienes seguían la celebración a través de los medios de comunicación de todo el mundo, el cardenal se dirigió a las autoridades, a las mujeres y a los hombres "llamados a ser instrumentos de diálogo y de reconciliación mediante la búsqueda del bien común", y a los "representantes de países hermanos que forman parte del cuerpo diplomático". ¡Cuánto les debemos -reconoció- en el largo camino que ha llevado al fin de la confrontación armada! A los cuatro mártires beatificados de El Salvador, añadió el cardenal, se les pueden aplicar

las palabras del apóstol Juan en el Apocalipsis: "Vienen de la gran tribulación y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero". De hecho, la guerra fratricida que fue el telón de fondo de su martirio puede describirse como una "gran tribulación" para la nación. Cómo olvidar, comentó Rosa Chávez, "lo que este horrible drama trajo consigo: el odio, la venganza, el dolor, la destrucción, el terror, la muerte, la calumnia, la estigmatización son componentes perversos de la 'gran tribulación' que compartieron con el pueblo indefenso". Como los mártires del

Apocalipsis, "su sangre derramada, con la que sellaron el testimonio supremo de su fe, se mezcló con la de todas las víctimas inocentes cuyos nombres ni siquiera se conocen (cf. Ap 18,26). Pero Dios conoce su testimonio". Esta sangre derramada, "unida a la de Cristo, es fuente de esperanza para nuestro pueblo. En primer lugar, porque en la persona de los mártires Dios ha reclamado a todas las víctimas inocentes. Rutilio, Manuel, Nelson y Cosma dan nombre a todas las víctimas inocentes ofrecidas en el altar sacrilego de los ídolos del poder, el placer y el dinero". La sangre derramada por los mártires, "asociada a la del sacrificio de Cristo en la cruz, es semilla de reconciliación y de paz".

La "gran tribulación", subrayó el cardenal, se produjo no sólo por las muertes violentas, sino también por los estigmas que marcaron injustamente a la mayoría de las víctimas. "¡Cómo han sufrido miles de familias -señaló- ante calumnias, difamaciones y desacreditaciones merecidas que han hecho más grande su dolor!" En la ceremonia estuvieron presentes, entre otros, el secretario general del CELAM, monseñor Eduardo Lozano, el obispo de Vittorio Veneto, Corrado Pizzolo, y el padre Pascual Cebollada, postulador general de los jesuitas y representante del preposito general.

Entrevista a Rosa María Abad León, laica española que recibió el ministerio de catequista en la celebración del domingo de la Palabra de Dios

## Llevar a Dios a las personas en su presente

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El Papa Francisco otorgó el pasado domingo los ministerios de catequistas y lectores a varios laicos por primera vez, en un rito nuevo, en la Basílica de San Pedro durante la celebración eucarística de la Jornada de la Palabra de Dios. Los nuevos lectores y catequistas, procedían de varias partes del mundo y fueron llamados por su nombre para recibir este nuevo mandato. Entre ellos la española Rosa María Abad León, catequista de la diócesis de Madrid en la parroquia Cristo de la Victoria, que comparte en esta entrevista con L'Osservatore Romano su experiencia.

¿Desde hace cuánto tiempo es catequista? ¿Cómo inició este servicio? Llevo 10 años siendo catequista. Primero colaboré con Cáritas durante dos años, pero aunque la labor que hacen es muy importante, yo no terminaba de encajar. Entonces fui a mi parroquia y le pregunté al párroco de entonces en qué podía colaborar, y me dijo que en catequesis. Así empecé. Al principio no tenía mucha idea, pero me preparé, me hice una programación y en mi primer grupo me llevé una gran sorpresa. Un grupo de niñas que provenía de un hogar de acogida de la Comunidad de Ma-

drid por proceder de familias desestructuradas: violencia, droga, etc. Fue un impacto muy fuerte. Me di cuenta que al inicio el catecismo no sería muy útil, primero tenía que ganármelas con el corazón. Así vi que ese era mi sitio, mi lugar.

Además, usted también forma parte del Equipo de Expertos de la Delegación de Catequesis de Madrid. ¿Qué función tiene este grupo? Sí, desde hace seis años. Yo empecé a ir a los cursos de formación de la diócesis. Empecé también a escribir en la revista "Catequistas". A partir de ahí contactaron conmigo y me preguntaron si quería colaborar. Respecto al trabajo que hacemos: ahora mismo estamos realizando los materiales para la Catequesis con una visión diferente. Se han hecho unos materiales muy buenos, creados por gente muy preparada. Estos materiales son muy innovadores ya que se basan en los diferentes ciclos. Por ejemplo, algunas parroquias que no tienen muchos niños y tienen que juntar a los de primero, segundo y tercer año. Pues con estos materiales te da la posibilidad de seguir las catequesis adaptadas a cada nivel. Además, usa medios audiovisuales, fragmentos de películas.



En estos años en los que usted ha sido catequista, ¿cómo ha "evolucionado" el papel del catequista en las parroquias?

Tenemos que evolucionar constantemente porque a los niños hay que llegarles. Es evidente que los niños de hoy no tienen nada que ver a cuando yo era niña. Las nuevas tecnologías, las nuevas formas de expresarse... Un niño jamás se va a poner a mi nivel en cuanto a edad, pero yo sí me puedo poner a su nivel, yo sí he pasado por sus años. Por eso tenemos que aprender su forma de hablar, tenemos que aprender las redes sociales, hay que entender cómo funciona Instagram. Y a partir de ahí explicarles, por ejemplo, que detrás

de un like, un me gusta, no vale todo. Detrás de eso hay un ser humano. En todo esto hay que "transformarse" como catequista. Llevarle a Dios en su presente, en su hoy en día. Ese niño, ese adulto, ese joven, tiene que saber que Dios está con nosotros todos los días. Hay que prepararse porque hay una simbología en los ritos, en los sacramentos, en la misa y cuando la gente no lo entiende, no le llega. Si tú le explicas por qué una determinada cosa se hace y la razón que hay detrás de ese gesto o contextualizas la Sagrada Escritura, la gente lo entiende y así percibe que es real y lo lleva a su vida.

¿Cómo se enteró de que sería instituida catequista en San Pedro el Domingo de la Palabra de Dios?

Me llamaron de la delegación y me lo comunicaron. En ese momento, no sabía qué decir. Una persona a la que admiro muchísimo me dijo "Dios a veces deja sin palabras". Y es verdad, me quedé sin palabras. Cuando lo procesé, acepté y fue una alegría inmensa, sentido de la responsabilidad y agradecimiento a Dios por haberse fijado en mí,

aunque no sé por qué lo ha hecho. A mí siempre me marcó mucho el Evangelio del joven rico. Si Dios quiere algo de mí, no le voy a decir que no. Yo digo que sí, y sé que Él viene conmigo en el camino. Lo haré lo mejor que pueda.

En la homilía, el Papa Francisco dijo que estáis "llamados a la tarea importante de servir el Evangelio de Jesús, de anunciarlo para que su consuelo, su alegría y su liberación lleguen a todos. ¿Cómo vive usted esto en su día a día?

Esto es lo fundamental. A los niños, jóvenes y adultos que quieren conocer y recibir a Dios es lo que hay que decirle. Dios no es un refresco que cuando tengo sed lo abro, bebo y lo vuelvo a dejar. Dios está con nosotros cada día, 24/7, siempre. Y el Evangelio es así, tú lees un pasaje y a cada uno le dice una cosa diferente dependiendo de su situación personal, pero que está igual de vigente que hace 21 siglos. Esto es lo que hay que transmitir: Dios está siempre presente, nos acompaña, nos entiende, nos consuela y ayuda. Cuando tienes un problema y le preguntas, si eres capaz de aislarte y escuchar, Él te habla.

Haber recibido este ministerio, es algo totalmente nuevo. ¿Cómo acoge usted esta "novedad" en su vida?

De momento estoy a la expectativa. Sé lo que significa, sé que me va a implicar muchas cosas nuevas. Estoy esperando con muchas ganas ver dónde puedo ayudar y servir. Mi compromiso con la Iglesia antes ya era importante para mí, pues ahora muchísimo más.

En esta celebración del domingo pasado, vemos también un reconocimiento del papel de los laicos en la Iglesia. ¿Cómo vive usted esta realidad de laica comprometida con su labor en la Iglesia?

Es verdad que reconocer la figura del laico dentro de la Iglesia con su labor me parece importante. Pero también es verdad que, aunque antes no se reconocieran esos ministerios como tales a ese nivel, los laicos tenemos una labor fundamental en la Iglesia y lo sabemos. La Iglesia no te excluye. Yo en la Iglesia me he sentido siempre muy escuchada y arropada. Es verdad que ahora muchísimo más. Estoy muy agradecida y feliz por ello.

¿Ha tenido ocasión de saludar al Santo Padre?

Sí, fue maravilloso. Tuvimos un encuentro personal con él, fue muy breve. Pero yo quiero decir que el Papa con su mirada transmite una tranquilidad y una paz increíble. Me dijo "adelante" y aquí estoy yo, para seguir "adelante".